

muerta, pero algun dia germinarán y fructificarán las buenas semillas? Ya basta por hoy de esta materia, esta casa es tuya. Yo no miraré en tí ni al siervo de aquella hija de Eshbaal ni al hijo del agresor contra mi vida, que tambien profanó mi honor. Tú serás desde hoy el hijo de aquella sin la que mi casta hubiera fenecido.

Y diciendo esto le dió la mano seca y magra; pero al hacer este agasajo hospitalario á Peveril, se dejó ver en su rostro tan marcada la imagen de la tristeza, que, aun siendo tan grande el gusto que se prometió el joven en quedarse tan largo tiempo cerca de Adelaída Bridgenorth y tal vez en su compañía, y aunque conoció le dictaba la prudencia conciliarse el afecto de su padre, no podia menos de advertirse con el corazon helado junto á él.

#### CAPITULO IV.

Este dia á la amistad  
Consagrado al menos sea,  
Y mañana á la pelea  
Ha de serlo en realidad.

OTWAY.

Debora Debbitchse presentó, por haberla llamado su amo, con un pañuelo aplicado al rostro, y como confusa y turbada.

— No es culpa mia, mayor Bridgenorth, dijo ella, ¿cómo hubiera podido yo impedirlo? Cada oveja con su pareja. El joven queria ve-

nir, la muchacha no se incomodaba de verle, y....

— Calla, ¡insensata! dijo Bridgenorth, y escucha lo que voy á decirte.

— Yo sé perfectamente lo que vuestra señoría tiene que decirme, respondió Debora, yo sé que el servir no es hoy herencia, pero hay gentes de mas alcances que otras. Si yo no me hubiera dejado sonsacar hasta el extremo de salirme de Martindale, tendria yo el dia de hoy una casa por mia.

— Calla, ¡necia! repitió Bridgenorth. Pero Debora estaba tan embebida en disculparse, que no le dió sino el tiempo preciso para proferir esta interjeccion, entre las exclamaciones que hacia continuamente y con la ligereza propia de los que habiendo merecido una fuerte reprimenda, procuran evitarla por el estrépito de sus disculpas, aun antes de hacerles reconvenccion alguna.

— No es extraño se me haya hecho perder de vista mis propios intereses, tratándose, añadió ella, de colocarme al lado de su hija Adelaida. No me hubiera movido todo el oro

de vuestra señoría, si no me hubiera convenido de que se habria visto como perdida la pobre inocente, una vez privada del cuidado de milady Peveril y del mio. Y ahora salimos con esto. Mala noche y parir hija. Este es el pago que yo llevo. Pero hará bien vuestra señoría en no partir de ligero. La señorita Adelaida tiene algunas veces una tosecilla seca, y deberia tomar un remedio por la primavera, y otro al caer de la hoja.

— Silencio, ¡parlanchina! le dijo su amo, tan luego como la necesidad de tomar aliento suspendió á Debora en su retahila, y le dió lugar para decir; ¿piensas tú no estaba yo informado de que venia este joven á Blackfort, y que si me hubieran disgustado tales visitas, no las habria yo cortado?

— ¿No sabia yo que vuestra señoría estaba informado de tales visitas? exclamó Debora en tono de triunfo; porque, como la mayor parte de las mugeres, nunca cuidaba de disculparse, sino por medio de una mentira clara, por mas inverosimil que fuese. ¿No sabia yo que vuestra señoría estaba informado de todo? ¿Sin eso

las hubiera yo consentido? No sé yo qué juicio forma vuestra señoría de mí. Si no hubiera yo estado muy segura de que esto, mas que cualquier otra cosa del mundo, era de su agrado, ¿habría yo resuelto echar mano para ayudarle? Creo que yo sé muy bien mi obligacion. Infórmese vuestra señoría si yo he permitido á hombre alguno, mas que á este, la entrada en la casa. Sabía yo de cierto que vuestra señoría era un hombre sabio y que los resentimientos no pueden ser eternos. Donde acaba el odio comienza la amistad y á buen seguro que parecen nacidos el uno para el otro, y despues se conforman los dominios de Moultrassie y de Martindale tan bien como el cuchillo y la vaina.

—Grandísima cotorra, exclamó Bridgenorth poco menos que impacientado, deten esa lengua, y si quieres charlar, ves á la cocina con tus iguales. Haz que nos preparen al instante la comida, porque Peveril vive lejos de aquí.

—Voy allá con el mayor gusto del mundo, respondió Debora, y si hay en la isla de Man un par de aves tan gordas como las dos que al

instante van á presentar las alas en la mesa, consiento que me llame vuestra señoría ansaron y cotorra todo á un tiempo.

Dicho esto se salió del aposento.

—Y pensabas que habia yo confiado mi única hija á una muger de tal calaña, dijo el mayor sin dejar de mirarla hasta que salió. Pero ya basta del caso; iremos, si gustas á dar un paseo, en tanto que se ocupa ella en cosas mas proporcionadas á su entendimiento.

Al decir esto salió de casa en compañía de Julian Peveril, y muy pronto se pasearon de brazo dado como si toda su vida hubieran sido intimos amigos.

—Es muy posible que algunos de nuestros lectores se hayan encontrado como nosotros en compañía de algun individuo cuyos deseos de pasar por serio eran mucho mayores que los nuestros, y con quien habiamos pensado probablemente pasar el tiempo con incomodidad y desagrado; al mismo paso que nuestro compañero por su parte podía recelar disgustarse de nuestra supuesta viveza, é inmoderada alegría de un genio contrario

al suyo. Con todo eso, mas de una vez hemos notado que, acomodándonos á las disposiciones de nuestro compañero con aquella urbanidad y buen humor de nuestro caracter, procurando conducirnos en modales y palabras con la seriedad que nuestros hábitos lo permiten, conmovido nuestro interlocutor por este ejemplo, se desprendia en parte de su gravedad, y resultaba que nuestra conversacion tomaba aquel aspecto de satisfaccion y agrado, medio término entre lo agradable y util que se llama

De la noche y del dia  
La frontera encantada.

lo que quiere decir el crepúsculo. Es probable que cada uno de estos individuos pudiera felicitarse en ocasion semejante de haberse encontrado, aun cuando no hubiera servido sino para establecer por poco tiempo una relacion de sentimientos entre hombres que tal vez diferenciándose mas bien por el genio que por los principios, están demasiado dispuestos á reprenderse reciprocamente de fanatismo por una parte y de ligereza profana por la otra.

Esto mismo sucedió en el paseo que dieron juntos Peveril y Bridgenorth y en su conversacion.

Evitando con todo cuidado el mayor el hablar del asunto que ya se habia tratado, hizo recaer la conversacion sobre sus viages al extranjero, las maravillas que habia visto en los paises lejanos, y las que al parecer habia examinado como un curioso y un observador. Abrevió este discurso la rapidez del tiempo, pues aunque las anécdotas contadas por Bridgenorth, y las reflexiones de que las acompañaba, tomasen la tintura de seriedad y algo de lo sombrío, inseparable de quien las contaba, tenian rasgos capaces de excitar el interés y admiracion tan del gusto de la juventud. Así sucedió con respecto á Julian, para quien lo romancesco y maravilloso tenian atractivos.

Bridgenorth al parecer conocia perfectamente la parte meridional de la Francia. Podia contar muchas historias de los hugonotes franceses, que ya comenzaban á padecer persecuciones, cuyo resultado fué pocos años despues, la revocacion del edicto de Nantes. Ha-

bia estado tambien en Hungría, porque hablaba de ella como quien conocía el caracter de varios gefes de la grande insurrección protestante que acababa de presentarse bajo el célebre Tekeli, y alegó razones sólidas en prueba de que tenían derecho para hacer causa comun con el Gran Turco, antes que sujetarse al papa de Roma. Habló tambien de la Saboya, donde los miembros de la religion reformada sufrían una cruel persecucion; en fin tomó un tono de entusiasmo cuando llegó á la proteccion que Olivier Cromwell habia concedido á las iglesias protestantes oprimidas, añadiendo era mas propio para ejercer el poder supremo que, quienes reclamándole por derecho de nacimiento, no se servían de él sino para entregarse á su gusto por los deleites y vanidades del mundo.

— No esperaba yo, dijo con modestia Peveril, escuchar el panegirico de Olivier pronunciado por el mayor Bridgenorth.

— No hago su panegirico, respondió el mayor; no digo mas que la verdad acerca

de este hombre extraordinario que no vive, y á quien no temí resistirle frente á frente cuando vivía. Tiene la culpa el infeliz rey que nos gobierna, si nos vemos forzados á volver los ojos con sentimiento hácia los tiempos en que la nacion era respetada por fuera, y habia contraído en el interior hábitos religiosos y costumbres sobrias. Pero me propongo hacer con vm. una guerra de controversia. Ha vivido vm. entre gentes que tienen por mas facil y gustoso recibir pensiones de la Francia, que darle leyes, gastar el dinero que les prodiga, que reprimir la tiranía con que oprime á nuestros pobres hermanos de religion. Verá vm. todo eso cuando se le caiga el velo de los ojos, y entonces aprenderá vm. á concebir el desprecio é indignacion.

Habian entonces concluido su paseo, y volvian á Blackfort por un camino distinto del que tomaron al salir. El ejercicio y el tono general de la conversacion habian disipado hasta un cierto punto la turbacion y timidez que la presencia de Bridgenorth habia causado en un principio á Peveril, y que habian aumentado

mas bien que disminuido las primeras advertencias del mayor.

Se dejó ver bien pronto en la mesa el banquete prometido por Debora. Respondian de las promesas que habia ella hecho la sencillez, la limpieza y el buen orden que reinaban en esta comida; pero bajo un solo aspecto, hacia mas de lo que habia prometido, y aun se podia sospechar algo de afectacion. En lugar de la bajilla de madera y estaño que Peveril habia visto usar en Blackfort con motivo igual, la mayor parte de las fuentes eran de plata, y los platos del mismo metal.

Julian Peveril se halló sentado entre Adelaida Bridgenorth y el padre de la que mas amaba en la tierra y el que siempre fué considerado por él como el mayor obstáculo de su unión, pareciéndole todo esto un sueño delicioso cuyo fin se teme despertando, y cuyo goce se turba por la incertitud, el temor y admiracion. Estaba tan confuso que apenas podia responder á los cumplimientos importunos de la señora Debora, quien ocupando su puesto en la mesa en calidad de aya, hacia los platos.

Adelaida se habia formado al parecer la resolucion de hacer el papel de un personaje mudo, porque no abria la boca sino para responder con brevedad á las preguntas de Debora. Habiendo probado su padre mismo en hacerla tomar una parte mas activa en la conversacion, se limitó ella á darle las únicas respuestas que su respeto exigia como indispensables. Entonces recayó en Bridgenorth el cuidado de mantener la conversacion de la sociedad, y, sin tenerlo de costumbre, no parecia de modo alguno aturdido. Expresábase no solamente con facilidad, sino casi en tono festivo, aunque su discurso se interrumpia de vez en cuando dejándose ver expresiones que manifestaban su estado habitual de melancolia, ó que parecian pronosticar contratiempos y hacer percibir desgracias en lo futuro. Se notaban ciertos fuegos de entusiasmo en su conversacion: como los que iluminan el cielo en una tarde de otoño, y que comunicando al crepúsculo un resplandor pasajero, dan á todo lo que descubren un caracter mas imponente y mas expresivo. Por lo general, las advertencias del

mayor eran sin embargo juiciosas, y como no cuidaba de vestir sus discursos con adornos ambiciosos, no tenían otra elevación que la del interés que ponía en ellos, y que hacía tomar á sus oyentes.

Por ejemplo, cuando Debora, con el orgullo de un corazón sórdido hubollamado la atención de Julian sobre la plata que brillaba en la mesa, Bridgenorth creyó convenia dar una como satisfacción con respecto á este gasto superfluo.

— Es un síntoma precursor del peligro, dijo él, cuando se ve que hombres ordinariamente incapaces de dejarse seducir por las vanidades de la vida, emplean considerables sumas en adornos de preciosos metales. Es una prueba de que no puede el comerciante poner con ventaja los capitales á que hace dar esta forma esteril; es una señal de que los nobles y ricos temen la rapacidad del poder, cuando dan á sus riquezas una forma que facilita mas el ocultarlas; es una demostración de la poca certeza del crédito el que prefiera un hombre de buen juicio la posesión cierta de una masa de plata, al reconocimiento tan cómodo de un platero ú

de un banquero. Mientras que reste una sombra de libertad, los derechos domésticos son los últimos que se acometen, y por esto se ponen sobre la mesa y el aparador las riquezas que se supone deben estar mas tiempo al abrigo de la mano rapaz de un gobierno tiránico; pero si sobreviene un pedido de capitales para sostener un comercio provechoso, la masa brillante cae en el hornillo, y lo que formaba el pesado y vano adorno del banquete se convierte en un dinero activo y poderoso para que aumente la prosperidad del país.

— Y en tiempo de guerra, dijo Peveril, se ha encontrado tambien algunas veces en la plata labrada un recurso tan pronto como útil.

— Muchas veces, por desgracia, respondió Bridgenorth. En los últimos tiempos, la de los nobles, y de los colegios, y la venta de joyas de la corona han puesto al rey en estado de hacer esta desgraciada resistencia, que ha impedido la vuelta de la paz y el orden, y que ha dado á la espada una superioridad injusta sobre la autoridad real y sobre la del parlamento.

Encaróse con Julian al decir esto, casi como

quien, queriendo experimentar un caballo le pone de pronto algun objeto ante los ojos, y examina en seguida si su vista le espanta ó le estremece. Pero los pensamientos de Julian estaban demasiado ocupados en otra parte y no podia manifestar inquietud alguna. Su respuesta tuvo conexion con otra parte del discurso de Bridgenorth, y no la dió sino despues de haberse detenido un poco.

— La guerra, dijo él entonces, la guerra, que empobrece las naciones, es tambien creadora de las riquezas que consume.

— Sí, respondió Bridgenorth, como las compuertas dan movimiento á las aguas dormidas del lago, que acaban por secarlo. La necesidad inventa las artes y descubre los medios; y, ¿qué necesidad hay mas imperiosa que la de una guerra civil? La misma guerra no da por su esencia, un mal sin compensacion, pues queda un impulso y una energia que sin ella no tendria la sociedad.

— ¿ Resulta, pues, dijo Peveril, que conviene se haga la guerra, para enviar las bajillas

á la fundicion, y servirse de fuentes de estaño y de platos de madera?

— No es eso, hijo mio, replicó Bridgenorth. Y parándose al ver que Julian se habia puesto encarnado, añadió: perdona mi familiaridad; pero no intentaba limitar lo que acabo de decir á resultados tan fútiles, aunque pueda ser saludable separar los hombres de sus vanidades y lujo, y enseñar el modo de hacerse Romanos á los que de otro modo serian Sibaritas. Quería decir que los tiempos de peligro público, llamando á circulacion los tesoros aglomerados por el avaro, y la plata labrada reunida por el rico orgulloso, y añadiendo así á la riqueza interior del pais, ponen tambien de manifiesto á los espiritus nobles y bravos, que desfallecerian en la inaccion, en lugar de dar un bello ejemplo á sus contemporáneos, y de legar sus nombres á los siglos futuros. La sociedad no conoce, ni puede conocer los tesoros intelectuales que dormitan en su seno, antes que la necesidad y la ocasion hayan hecho salir al hombre de Estado, y al guerrero de la sombra de una vida oscura, para representar el papel que la Pro-

videncia y la naturaleza les han repartido. Así se levantó Olivier, así se elevó Milton, así tantos otros, cuyos nombres no podrán olvidarse. Es como la tempestad que manifiesta de plano el talento del marino.

— Hablais, dijo Peveril, como si una calamidad nacional pudiera ser de algun modo una ventaja.

— Esto es lo que debe suceder en esta vida de pruebas, donde todo mal temporal se suaviza por alguna cosa buena en sus progresos y resultados, y donde todo lo que es bueno está intimamente ligado con lo que malo es en sí mismo.

— Debe ser un noble espectáculo ver como se levanta de repente la energía aletargada de una grande alma, se arma con todas sus fuerzas, y toma sobre los espíritus inferiores la autoridad que por derecho le compete.

— Yo he gozado de él una vez, dijo Bridgenorth; y como la historia es corta, se la contaré á vm. si gusta.

— No me olvidé en mi vida errante de nuestros establecimientos de ultramar y menos aun

de la Nueva-Inglaterra, pais de la Gran-Bretaña parecido al embriagado que arroja su tesoro lejos de sí, que ha enriquecido á costa suya enviando allí lo que tenia de mas precioso á los ojos de Dios y de sus hijos. Allí millares de nuestros conciudadanos los mas piadosos, de aquellos que pueden mediar entre el omnipotente y su consejo para impedir la ruina de las ciudades, consienten vivir en el desierto entre salvages ignorantes, antes que exponerse á ver en su patria la opresion que apaga la luz divina que ilumina sus almas. Estuve allí algun tiempo, durante la guerra que sostuvo la colonia contra Felipe, gran gefe indio ú Sachem como le llamaban, que parecia un mensagero de persecucion enviado por Satanás. Su crueldad no conocia limites, lo mismo que su disimulo; y la destreza junto con la prontitud para dirigir una guerra destructora de escaramuzas, hicieron sufrir á los colonos calamidades desastrosas.

— Estaba yo por acaso en un lugarcillo situado en medio de los bosques, á mas de treinta millas de Boston, puesto en un parage muy so-